

Cortázar y el Mal

Ignacio Solares

Ningún aspecto más fascinante de la llamada “literatura cristiana” como el de su tratamiento del Mal. Nuestra sociedad de consumo ha conseguido distraernos —sólo eso: distraernos— de esa cuestión fundamental: la presencia del Mal entre los hombres. Una cuestión que no sólo depende de circunstancias externas sino —como dijo Freud en relación al instinto de muerte— de nuestra más profunda intimidad. Hay que leer a autores como Bernanos, Mauriac, Greene, Faulkner y sobre todo a Dostoyevski —todos abiertamente cristianos— para entender (sentir) lo que es el Mal encarnado en el mundo. Porque el Mal no es una cuestión teórica, sujeta a especulación, sino muy concreta y cotidiana, que sentimos en carne propia y nos duele.

Hay autores refractarios al tema, o que le dan un carácter más bien social o político. Otros, sin necesidad de llamarse cristianos, lo han tocado en forma excepcional. Tal es el caso de Cortázar.

Si para sentir una poesía cristiana fuese necesaria una cercanía de fe, entonces yo no podría sentir a San Juan de la Cruz ni a Fray Luis de León, ni a Sor Juana Inés de la Cruz, ni a Charles Péguy, que me emocionan.

Nadador entre dos aguas, el poeta no sabe racionalmente nada de eso (Eso) que, sin embargo, algo en él lo sabe y formula. La gran paradoja es asomarse al Mal sin perderse en él. Por eso, en lo personal, admiro sobremanera a los escritores que trabajan con fuerzas que en apariencia los van a destruir, y que terminan por fortalecerlos.

El Mal: zona esquivada o indefinible. Cuando afloran de nuestro lado algunos de sus raros, verdaderos testimonios, comprendemos lo contigua que estaba de nosotros, las palabras falsas con que la insolencia y el miedo buscan definirla para mejor encerrarla y acotarla.

Cortázar *lo vio* una noche de invierno en el autobús que une la Porte de Champerret con la Gare Montpar-

nasse. No recordaba exactamente en qué parada subió el hombre del sobretodo y el sombrero negro, la cara inexplicablemente pálida. En algún momento alcanzó su ticket al guarda y se quedó entre los pasajeros, tomado del tubo, mirando el suelo, frotándose los ojos. Lo que recordaba muy bien Cortázar es que antes de la parada de la Avenue Bosquet, algunos lo descubrieron y se retrajeron, buscando una distancia protectora en los diarios que leían o en la contemplación de otros pasajeros. Era difícil definir la sensación y más bien tenía que ver con el aura —horrenda— que lo envolvía. Muchos bajaron en la parada de École Militaire. Se entraba en el último trayecto y el autobús estaba caliente de aire viciado, de cuerpos laxos debajo de los chalecos y las bufandas. Entonces Cortázar tuvo plena conciencia del miedo que se había instalado en esa plataforma en donde a nadie se le hubiera ocurrido imaginar que alguna vez tendría miedo (*esa clase de miedo*). El hombre del sobretodo negro, con el cuello subido tapándole la boca y la nariz, y el ala del sombrero sobre los ojos, sabía o quería que eso fuese así, que *debía* ser así. En ningún momento miró a nadie, pero era todavía peor: la amenaza que emanaba de esa incomunicación se volvía tan insoportable que los pasajeros estaban como unidos, y a la vez indefensos, esperando que *cualquier cosa* pudiera suceder. En un momento dado, el guarda miró al hombre y casi inmediatamente desvió la vista hacia los tres o cuatro pasajeros que aún seguían de pie en la plataforma. Calificarlo como el Mal no es decir nada. Lo insoportable —y eso lo sentía el guarda en su simplicidad, lo sentían todos desde sus diferentes horizontes— era la falta de todo signo manifiesto. Cortázar estaba seguro de que si el hombre hubiera levantado bruscamente la cabeza para mirar a cualquiera de ellos, la respuesta habría sido un grito o una carrera a ciegas en busca de la salida. En esa suspensión del tiempo jugaban fuerzas que ya nada tenían que ver con ellos mismos. Cuando

en la parada de la Avenue Lowenda no subió ni bajó nadie, Cortázar comprendió que le tocaba acercarse al hombre para alcanzar la campanilla; en ese momento vio —lo vieron todos— que la mano dentro de un guante negro resbalaba por la barra de apoyo buscando el botón de llamada. Cuando bufaron las puertas automáticas y el hombre, con un movimiento brusco y a la vez interminable, giró dándoles la espalda para bajar, Cortázar y otros dos pasajeros lo siguieron. Imposible posponer el descenso, no había ninguna razón manifiesta para hacerlo. La avenida los cegó con su silenciosa oscuridad y pisaron con precaución para no resbalar en la capa de nieve y de escarcha. Los que habían bajado juntos esperaron a que el autobús arrancara para atravesar la avenida sin hablar —¿qué hubieran podido decirse, qué relación legítima había entre ellos?— y como avergonzados de esa complicidad que tardaba en romperse. El hombre había subido a la banqueta después de cruzar la calle y estaba inmóvil en la esquina de la avenida y la rue Oudinot, sin mirar hacia ellos. Sus compañeros se siguieron por la avenida y Cortázar debió cruzar la calle e internarse por la rue Oudinot, solitaria como siempre a esa hora. En algún momento resbaló y tuvo que abrazarse al tronco de un árbol. Cuando alcanzó a mirar furtivamente hacia atrás, la esquina estaba desierta.

Seguí viajando muchos meses en el 92, a las mismas horas; me tocaron con frecuencia el mismo guarda de aire

apacible y algunos de los compañeros de aquella noche. El Mal no volvió a subir, y nosotros, como en realidad no nos conocíamos, jamás hablamos de aquella noche. Por lo demás, son cosas que no se hacen en París.

Pero esta no fue su única percepción del Mal, sino que siempre se sintió fascinado por el mito de los vampiros, que no consideraba tan mito puesto que creía en ellos absolutamente. La narración que abre el primer tomo de sus cuentos completos se titula “El hijo del vampiro”. En *62 / Modelo para armar* hay una escena de vampirismo:

Los labios de Frau Marta se habían apoyado en la garganta de la chica inglesa, y la huella de la consumación se adivinaba apenas como dos mínimos puntos morados confundibles con dos lunares, una nimiedad para la que desde luego no cabía el escándalo.

Él mismo vivió algunas experiencias de supuesto vampirismo, una de las cuales narró en “Reunión con un círculo rojo”.

Una noche de lluvia en Wiesbaden, Alemania, después de una ardua sesión de trabajo —eran los años en que lo invitaban a todas partes a presentar sus libros—, entró cansado y hambriento en un viejo restaurante llamado Zagreb. Colgó el impermeable en un perchero y al mirar las mesas vacías, alumbradas vagamente por la luz de las velas, tuvo la seguridad de que estaba en un lu-



El retorno de Drácula: Halloween en Berkeley, 1979

gar de vampiros, habitado por verdaderos vampiros. Pero aun así, ocupó una de las mesas y esperó a que un camarero, atezado y silencioso, lo atendiera. Había otros dos camareros, extrañamente parecidos entre sí. Pidió una brocheta de carne y vino tinto. Mientras fumaba el primer cigarrillo, vio entrar en el restaurante a una nueva comensal: una mujer miope, con unos gruesos lentes como fondos de botella, que con movimientos torpes fue a ocupar una de las mesas. La supuso inglesa por el tipo y el impermeable. Le llevaron un *gulasch* y mientras lo tomaba los camareros se pusieron a observarla con extraña atención, manteniéndose en un rincón con los brazos cruzados. A Cortázar lo atendían con una rapidez inaudita, mientras que con ella se tardaban una eternidad. Casi a él le quitaban el plato con el último bocado y le ponían el menú abierto contra la cara para que ordenara cuanto antes un postre y el café. Entonces Cortázar tuvo la convicción de que debía protegerla, esperarse ahí hasta que también se fuera la turista inglesa. Pidió otro café y un licor.

Los vampiros no existen para los que no creen en ellos, pero si alguien como yo tiene la convicción de que el vampirismo es algo más que leyenda y puede haber casos tangibles de vampirismo, comprenderá muy bien que yo haya tenido aquel miedo, en aquel lugar. Y tuve miedo por una serie de detalles muy concretos que se determinan en el relato. Y cuando entró aquella turista, que yo imaginé inglesa, sentí la obligación de protegerla, siendo nosotros las dos únicas personas que estábamos ahí aquella noche de lluvia.

Lo que sigue en el relato es la inversión de la situación: fue ella la que, habiendo sido vampirizada antes, intenta proteger al narrador. Pero no puede hacerlo porque, apenas acaban de salir, el narrador regresa al restaurante a entregarse él mismo a los vampiros. (Algo diría Freud de esa entrega, es obvio).

El vampirismo tenía un aspecto positivo de sobrevivencia —a lo Dorian Gray— que a Cortázar le gustaba cultivar. Su aspecto físico —dadas sus características de *baby face*— le prestaba una gran ayuda. A los cincuenta años, escribe:

Difícil creerlo, de veras, pero todavía me siento de treinta y vivo con esta idea, muy criticado, claro está, por mis amigos, por mi familia, por mis admiradores. Antonin Artaud perdió todos los dientes el año antes de su muerte, pero estaba convencido de que le saldrían de nuevo. *Yo estoy convencido de que soy inmortal*. Probablemente, mis últimas palabras sean: “no te olvides despertarme a las ocho en punto porque tengo que perfeccionar un solo de trompeta”.



© Carol Dunlop

En Guadalupe, 1981

Omar Prego —quien lo acompañó sus últimos días— da testimonio de esta actitud tan cortazariana ante la muerte:

Yo creo que finalmente Julio murió sin saber (sin querer aceptar) que se estaba muriendo. Al menos no parecía creerlo la última vez que nos vimos en el Hospital Saint-Lazare.

Y en una carta a Lucienne Duprat:

Yo seré alguna vez un fantasma incansable: ¡tengo tantas cosas que visitar de nuevo, diseminadas en la ciudad, en los pueblos, en las novelas, en la historia!

Y, en este sentido, incluso, le gustaba suponer que su alergia al ajo —que le provocaba unas migrañas terribles— era otro síntoma más de su vampirismo, ya que los vampiros son alérgicos al ajo.

Pero el vampirismo al que en verdad temía era el espiritual:

Un vampirismo que no es el de Drácula. No se trata de gente que se anda sacando la sangre. Hay gente que se anda sacando el alma, para usar la vieja expresión. Es decir, hay gente que se vampiriza espiritualmente, que posee espiritualmente, que esclaviza espiritualmente, con una fuerza terrible, una fuerza psicológica, demoníaca, que puede hacer de una pareja, sin que la vícti-

ma lo sepa, un vampiro y un vampirizado a lo largo de toda su vida.

Quizá, después de su separación de Aurora Bernárdez, en 1967, vivió una experiencia de alguna manera en este sentido, que lo transformó tanto física como espiritualmente. Es la suposición de Vargas Llosa, sin referirse al vampirismo, por supuesto:

El cambio de Cortázar, el más extraordinario que me haya tocado ver nunca en ser alguno, una mutación que muchas veces se me ocurrió comparar con la que experimenta el narrador de “Axolotl”, ocurrió, según la versión oficial —que él mismo consagró— en el mayo francés del 68. [...] La próxima vez que lo volví a ver, en Londres, con su nueva pareja (Ugné Karvelis), era otra persona. Se había dejado crecer el cabello y tenía unas barbas rojizas e imponentes, de profeta bíblico. Me hizo llevarlo a comprar revistas eróticas y hablaba de marihuana, de mujeres, de revolución, como antes de jazz y de fantasmas.

Mario Goloboff, en su biografía de Cortázar, ofrece otras pistas:

En las tempestades finales intervino bastante el alcohol, al que Ugné se había precipitado años antes, y del que Julio había comenzado a tomar el hábito. Pero mucho más levemente que ella: es más fácil —diría él en la última época de convivencia— desatar el nudo gordiano que lograr que Ugné desayune sin whisky. Fue, naturalmente, un final muy triste y asfixiante. Ella, en palabras de Julio, se había vuelto insufrible.

Las menciones en las cartas de esa época son, en verdad, tristes y asfixiantes. Desde sentirse, “yo mismo tan perdido como cualquiera de los personajes que ignoran las razones profundas de lo que les va sucediendo”, hasta compararse con un personaje (nada menos) de Edgar Allan Poe: “Muchas cosas me arrastran a otros tantos vórtices de los que salgo como el personaje de Poe que se metió en el Maelstrom”. Corresponden todas al mismo año de 1969:

La vida no me ha tenido demasiadas contemplaciones estos últimos tiempos, y el relativo método que yo era capaz de imponer a las circunstancias se ha quebrado en vaya a saber cuántos pedazos.

Un año después, en 1970, hay una mención especial a su separación de Aurora:

Mi separación de Aurora, y sus múltiples secuelas en el plano personal y moral, me llevaron a un tal grado de fatiga y de neurosis que incluso el viaje a Londres fue una fuga...

Y la más amarga, en la misma carta:

El verano en mis colinas provenzales me ayuda a seguir saliendo del pozo, pero que es profundo es profundo.

Un pozo que es profundo es profundo de la misma manera en que, para Gertrude Stein, una rosa es una rosa es una rosa...

Aun su creencia en la astrología —y el desciframiento del enigma a través de las estrellas— no le ofrecía mayor consuelo:

Yo tengo la impresión de que hay momentos en que cualquiera de nosotros —los astrólogos dirían una cuestión de horóscopo— estamos sometidos a buenas o malas influencias. Lo cual, de alguna manera, explica a veces la acumulación de desgracias. O una etapa de una vida que se da bajo cierto signo y que luego, bruscamente —pero no tan bruscamente si se estudia el horóscopo de la persona— entra en una zona que puede ser totalmente distinta. Yo sé que hace cinco años estoy en una más que negativa etapa de mi vida. Pero tan poco racional soy que no se me ocurre buscar un astrólogo y decirle: Bueno, mire, investigueme este asunto, porque sé que no voy a ganar nada con que me lo investigue. Yo tengo el sentimiento claro de que hay eso que la gente a veces llama Destino, que, en un determinado momento, se pone en contra. Y que además de alguna manera es verificable, porque todo lo que me ha sucedido a mí en los últimos cuatro o cinco años se ha repetido cíclicamente y recurrentemente en cada uno de los veranos de esos cuatro o cinco años.

En esos años de su vida que compartió con Ugné hay como una sorda analogía con el catastrófico itinerario amoroso de Keats y Fanny Brawne, que Cortázar, a su vez, emparentaba con el itinerario de Joseph K en *El proceso*, nada más y nada menos. En efecto, el proceso de Keats nace de un error inicial: enamorarse de quien no debe. Él sabe pronto que hay un error y también que *está enamorado de ese error*. Pero el túnel tiene un solo sentido. Su batalla es tan inútil como la de Joseph K, y casi por la misma oscura razón. Los dos (mejor dicho, los tres, si agregamos al propio Cortázar) la libran a fondo: como un cumplimiento en la derrota, un acicalarse con cuidado la víspera misma de la ejecución. Algo oscuramente necesario.

Circunstancias todas ellas que estaría tentado a llamar ceremoniales —palabra cortazariana si las hay—, una doble danza encadenada del victimario y la víctima. Un cumplimiento.

No será sino hasta 1978, cuando conozca y se enamore de Carol Dunlop, que pase la nube oscura y se reacomoden para él las estrellas.